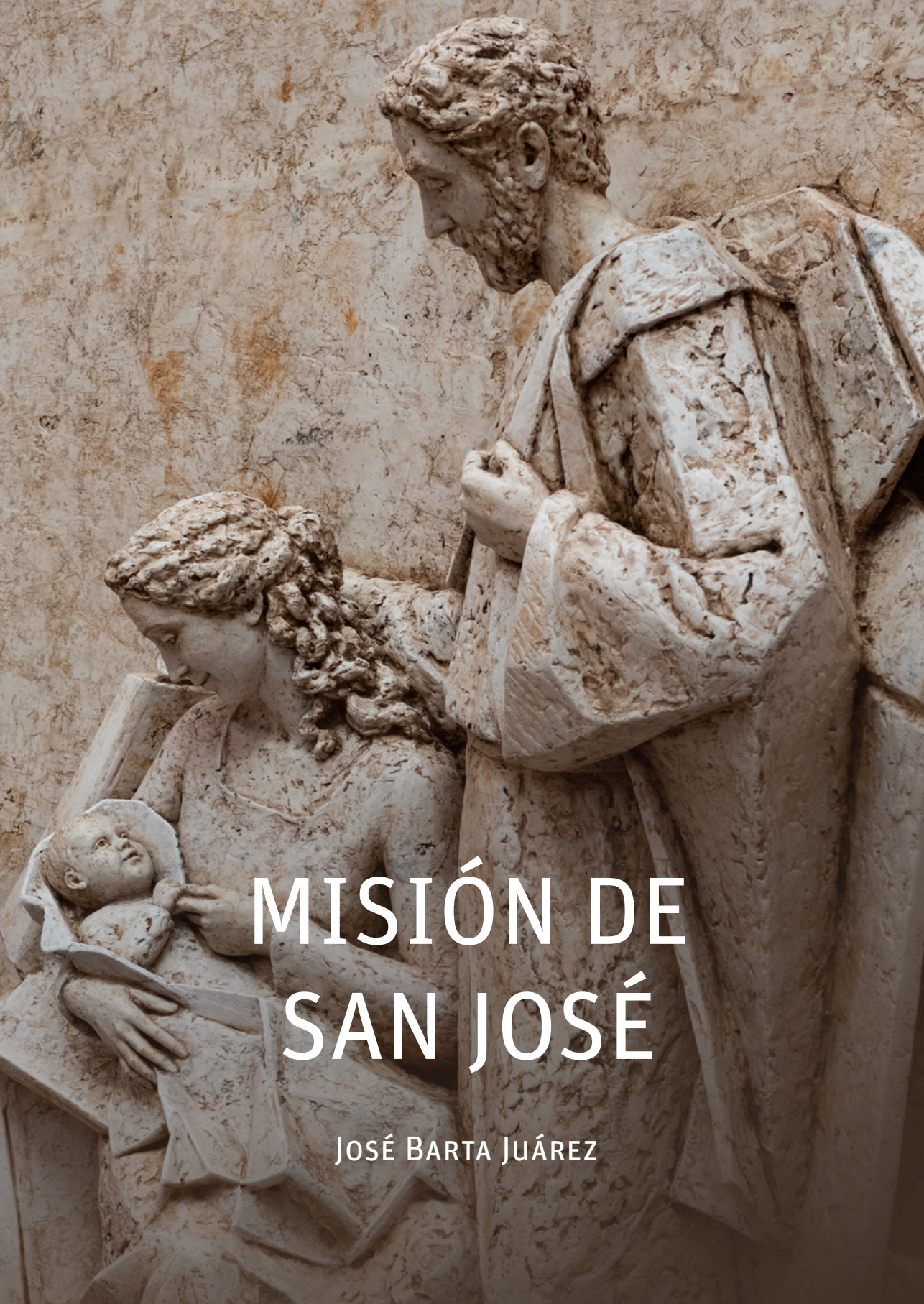




MISIÓN DE SAN JOSÉ

JOSÉ BARTA JUÁREZ

MISIÓN DE SAN JOSÉ

JOSÉ BARTA JUÁREZ

Madrid Noviembre de 2021

José Barta Juárez - © todos los derechos reservados.

Más información en www.josebarta.com

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial y en cualquier medio o soporte tanto físico como digital de los contenidos de esta obra sin la debida autorización

Diseño de Portada y Maquetación: José Barta Álvarez

Fotografía de la Portada: Sagrada Familia

Retablo de la Iglesia de San Manuel González.

San Sebastián de los Reyes. Madrid.

Escultora: Diana García Roy

Fotografía: Gabriel Solera

Agradecemos la cesión de esta imagen al Señor Párroco de San Manuel González

A mis nietos: Iñaki (10 años), Rodrigo (9 años), Isabel (8 años), Ainhoa (7 años), Rocío y las gemelas Ana y Gabriela (6 años), Lucía y Lucía (5 años), Almudena (3 años), José (3 años) y Guille (casi 2 años), sin los cuales no hubiera podido visualizar la infancia de Jesús.

“

Lo que más me atrae de esta composición escultórica, independientemente de la calidad y ternura de la misma, es el detalle del Niño, en brazos de Su Madre, mirando el rostro de José. No podría desear ninguna otra imagen mejor para la portada de mi libro”

José Barta Juárez

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
PRÓLOGO DE ERNESTO JULIÁ DÍAZ	10
PREÁMBULO	16
<i>La formación intelectual de María y de José</i>	16
<i>La vocación profesional de José</i>	21
<i>La Misión de José</i>	23
<i>Nota obligada sobre los “hermanos” en las lenguas semíticas</i>	26
<i>La virginidad de María y José</i>	28
PRIMERA PARTE. DESDE LA ENCARNACIÓN HASTA LA VISITA A ISABEL	32
<i>La Encarnación del Señor</i>	35
<i>El Kidusín (El matrimonio)</i>	41
<i>La Visitación de María a Isabel</i>	44
<i>Zacarías, protector de la Sagrada Familia</i>	45
<i>El encuentro en Ein Karem</i>	48
<i>Brit Milá (Ceremonia de circuncisión) de Juan</i>	50
SEGUNDA PARTE. DESDE LA NATIVIDAD HASTA LA HUIDA A EGIPTO.	56
<i>La datación histórica del Nacimiento</i>	56
<i>De Nazaret a Belén: razones de un viaje</i>	57
<i>Destino de un viaje</i>	60
<i>El Nacimiento</i>	68
<i>Los pastores</i>	73
<i>Apócrifo desarrollado en un desvarío del autor</i>	76
<i>Fin del Apócrifo del autor y retorno a la dura realidad</i>	78
<i>El Brit Milá de Jesús y la salvífica palabra de José</i>	80
<i>La Sagrada Familia en el Templo</i>	83
<i>Simeón</i>	90
<i>En Nazaret</i>	94
<i>Cotidianeidad en Belén</i>	96
<i>Los Magos y los santos inocentes</i>	98

TERCERA PARTE. DESDE LA ESTANCIA EN EGIPTO HASTA JESÚS EN EL TEMPLO CON LOS DOCTORES	105
<i>Tiempo de permanencia en Egipto</i>	106
<i>La Administración política y la economía en Egipto</i>	109
<i>Camino de Alejandría</i>	112
<i>Alejandría, la segunda megápolis del Imperio Romano</i>	115
<i>De vuelta en Nazaret</i>	126
<i>Pinceladas sobre el paisaje y el paisanaje galileo</i>	127
<i>Nota obligada sobre la infancia de Cristo</i>	129
<i>Recomenzando la vida ordinaria</i>	133
<i>Las practicas religiosas en la vida de la Sagrada Familia</i>	137
<i>Celebración del Sábát</i>	138
<i>Celebración del Seder de Pesaj</i>	140
<i>Las subidas a Jerusalén</i>	141
<i>Jesús crece en edad, sabiduría y gracia delante de los hombres</i>	145
<i>La incorporación como adulto al pueblo de Dios</i>	145
<i>Un pesaj más pero diferente</i>	146
<i>Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?</i>	147

Agradecimientos

Este libro no puede estar completo sin manifestar expresamente mi agradecimiento a aquellas personas que, de una manera u otra, me han ayudado.

La primera no puede ser otra que María Jesús, mi esposa desde hace casi cuarenta y tres años, tiempo que se me ha pasado volando por feliz; supongo que a ella le habrá pesado más. María Jesús me ha animado desde el primer momento, a pesar de que el libro que ella desea que escriba se ha retrasado inevitablemente. Además de darme ánimos ha corregido acentos y demás reglas.

A Don Juan José Espinosa que ha sido mi lector más diligente y animante; a él debe el libro al menos dos capítulos que no hubiera escrito sin su aliento.

A mi hija Belén que ha actuado también como correctora, más de estilo que ortográfica; a ella se debe la agilización de algunas frases y la reducción de reiteraciones, así como a mis hijos Isabel y su esposo Gorka, Ana y su esposo Álvaro, Marta esposa de José Gabriel y Daniel por su corrección final.

A mi hija Almudena que ha aportado un dibujo de la Sagrada Familia, basado en una foto de familia. Junto a ella, a nuestra “hija adoptiva” Ju, que realizó la primera prueba para su digitalización.

A nuestra querida Diana García Roy, escultora ya consagrada pero con un extraordinario futuro por desarrollar, que me ha facilitado la imagen de la portada, al tiempo que ha gestionado la cesión de derechos.

A mi hijo José Gabriel que ha sacado tiempo de donde no lo tenía para diseñar y maquetar el libro, labor que parece nimia pero que es exigente y poco agradecida, pues pasa más desapercibida cuanto mejor hecha está.

También me han ayudado los comentarios de don Rafael Arias y don Alfonso Riobó, que aceptaron pacientemente el reto de leer un primer borrador.

Finalmente a mi muy querido amigo, hermano espiritual Y. B., al que se que este libro hiere en sus profundas creencias, pero que ha sido capaz de darle “una ojeada en diagonal”, haciendo de tripas corazón, para sugerirme algunos cambios terminológicos muy convenientes, como la castellanización de los términos hebreos. El Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob, de Moises, de David, de Elías, de Jeremías, de Miqueas, de Zacarías, en el que ambos creemos, le pagará esa caridad.

Prólogo de Ernesto Juliá Díaz

En los Evangelios apenas se nos habla de san José. La Iglesia ha ido descubriendo, paso a paso y a lo largo de los siglos, a este hombre que Dios ha escogido para cuidar, acompañar y vivir, cumpliendo la misión de un padre, del mismo Hijo de Dios hecho hombre, Nuestro Señor Jesucristo.

Hubieron de pasar diecinueve siglos, para que la Iglesia decidiera proclamarlo Patrono Universal, y lo hizo con estas palabras del Decreto Quemadmodum Deus, del papa Pío IX, de fecha 18-XII-1870.

“Y puesto que en estos tiempos tristísimos la misma Iglesia es atacada por doquier por sus enemigos y se ve oprimida por tan graves calamidades que parece que los impíos hacen prevalecer sobre ella las puertas del infierno, los venerables obispos de todo el orbe católico, en su nombre y en el de los fieles a ellos confiados, elevaron sus preces al Sumo Pontífice para que se dignara constituir a san José por patrono de la Iglesia. Y al haber sido renovadas con más fuerza estas mismas peticiones y votos durante el santo concilio ecuménico Vaticano, Nuestro Santísimo Papa Pío IX, conmovido por la luctuosa situación de estos tiempos, para ponerse a sí mismo y a todos los fieles bajo el poderosísimo patrocinio del santo patriarca José, quiso satisfacer los votos de los obispos y solemnemente lo declaró Patrono de la Iglesia Católica”.

José es el último Patriarca y el primer Apóstol, que vive la plenitud de ser cristiano al acompañar a María, vivir en familia con Ella, en la infancia, adolescencia y los años de vida oculta de Jesús.

Dios le abre la inteligencia a la Fe, y el corazón al amor al Niño Dios, Jesús, a Quién va a atender en sus primeros balbuceos, en la huida a Egipto, y andares sobre la tierra. Una tarea para que ninguna criatura tenía cualidades para llevar a cabo.

José Barta nos ofrece en estas páginas una visión muy propia y única de José, y nos ayuda a hacernos cargo de la disposición de su alma para vivir en estrecha relación con Dios Padre, y que ha sido poco subrayada por los estudiosos del santo Patriarca: la del judío que viviendo la tradición, las costumbres y la Ley, encuentra y vive la plenitud de sentido de la Ley, viviendo por delante de cualquier otro hombre la realidad de la presencia en la tierra del Mesías prometido. José viene a ser el primer judío convertido a Cristo; el primer cristiano.

Y no solo. El autor insinúa que la unión espiritual de José con Jesús fue tal, que Cristo le hizo partícipe por adelantado de sus sufrimientos en la Cruz. Y así lo señala al comentar el encuentro de María y José en el templo de Jerusalén hablando con los doctores.

“La respuesta de Jesús, según San Lucas, ellos no la comprendieron, pero estoy convencido de que llevó consuelo y paz al corazón de José. Ahora, más que nunca, se sabía participe del Misericordioso Plan de Dios para Redimir a Su pueblo y, a través de él, a la Humanidad. Como Juan el Bautista, José sintió en su corazón el “es necesario que él crezca y que yo disminuya”.

“Jesús, tras su discusión con los Doctores de la Ley, accedió a la consideración de practicante adulto de la Ley, dados los conocimientos que de la misma tenía y su piedad. Esto es lo que habían concluido los Doctores que habían debatido con Él; la verdad es que Jesús, mediante esta ceremonia informal, se mostró como lo que era: El Interprete Autentico de la Ley.

Lucas (2.51), finaliza este episodio informando que Jesús “bajó con ellos, vino a Nazaret y les estaba sujeto. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.”

“María guardaba todo esto en su corazón, a la espera de un futuro que llegaría con las respuestas debidas, pero para José tuvo una significación especial, anticipándose en parte del camino que años más tarde recorrería su esposa.

José experimentó lo que María experimentaría cuando, el Hijo del que cuidaba, se manifestó públicamente como el Mesías; la íntima relación madre-hijo cambió, transformándose en una relación Discípula-Maestro.

En el regreso a Nazaret, José, Vicario del Padre para cuidar y educar a Jesús, fue consciente de que este era su Maestro y Señor.

Su misión paternal no se ha quebrado; ha derivado en una forma distinta. Su oración ha asumido un rostro nuevo. Su oración es desde ahora una oración cristiana en sentido estricto. Jesús obra en obediencia al Padre y se hace Camino para José.”

En él se unen Antiguo y Nuevo Testamento, hasta tal punto que el autor afirma que José participó, de alguna manera, en los sufrimientos de Cristo en la Pasión, en la Cruz, y de manera particular el dolor vivido en la exclamación: “Padre, ¿por qué me has abandonado?”.

“Desde hace años tengo la certeza de que este fue el sentimiento doloroso que José experimentó, cuando descubrieron que Jesús no estaba en la caravana, que les había dejado sin mediar palabra. José se sintió responsable de ello; era su indignidad lo que había llevado a Jesús a rechazarlo. Su cabeza, y María, decían que esto no era así, pero un dolorosísimo sentimiento de abandono se apoderó de

su ser. El Padre permitió que José participase, por adelantado, del sufrimiento que Jesús experimentaría en la Cruz”.

Podemos también pensar que José vivió también el acto de abandono de Cristo en Dios Padre: *“En Tus manos encomiendo mi espíritu”.*

El sufrimiento, pienso yo, fue debido a que Dios Padre no podía vivir el dolor de Cristo en hacerse pecado y morir; porque Dios Padre no se ha encarnado y no puede “hacerse pecado”. Puede sí vivir la muerte, consecuencia del pecado, sufrir con Cristo la muerte por el mal que el pecador, hijo suyo también, se hace a sí mismo.

El autor comenta que *“José vivió al menos ocho años más, tiempo mínimo preciso para que Jesús fuera considerado adulto legalmente (al cumplir los veinte años); probablemente viviría catorce o quince años más tras este episodio en el Templo, permitiendo que Jesús se hiciera cargo del taller familiar durante unos años, procediendo a la liquidación ordenada, o traspaso del mismo, antes de su manifestación pública”.*

Así termina el autor las páginas de su libro.

José, de alguna manera, es el último Patriarca del Antiguo Testamento, y a la vez, es el primer Apóstol del Mesías; y vive la plenitud de la Ley, amando, adorando y siguiendo los pasos del Amor de Dios, en su Hijo Jesucristo. Como María, y en modo similar a María, Cristo es para José, “Camino, Verdad y Vida”. ¿Se “abrió” el camino de José hasta la resurrección en cuerpo glorioso, sin esperar el final de los tiempos? No lo sabemos. Aunque me atrevo a pensar que sería un maravilloso ejemplo para nuestra fe, al ver hecha en realidad humana la Resurrección de Cristo.

José es la plena realización de la Escritura: “El justo vive de la Fe”.

Si sabemos que en nuestros ratos de oración-adoración ante Jesús Sacramentado, podemos unir nuestras voces a las de los Papas Juan Pablo II y León XIII, que rogaron así al Santo Patriarca:

“El varón justo, que llevaba consigo todo el patrimonio de la Antigua Alianza, ha sido también introducido en el “comienzo” de la nueva y eterna Alianza en Jesucristo. Que él nos indique el camino de esta Alianza salvífica, ya a las puertas del próximo Milenio, durante el cual debe perdurar y desarrollarse ulteriormente la “plenitud de los tiempos”, que es propia del misterio inefable de la encarnación del Verbo.”

“Que San José obtenga para la Iglesia y para el mundo, así como para cada uno de nosotros, la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. (Juan Pablo II, Redemptoris custos, n. 32).

“Aleja de nosotros, oh padre amantísimo, este flagelo de errores y vicios... Asístenos

propicio desde el cielo en esta lucha contra el poder de las tinieblas...; y como en otro tiempo libraste de la muerte la vida amenazada del niño Jesús, así ahora defiende a la santa Iglesia de Dios de las hostiles insidias y de toda adversidad” (León XIII, Quamquam pluries, 15-X-1889).

El papa Francisco concluye la carta Patris corde, del 8 de diciembre de 2020, en la que establece el Año actual de san José, que se cierra el mismo día de la Inmaculada de 2021, con estas palabras:

“El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución”

Y nos invita a “implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión.

A él dirigamos nuestra oración:

Salve, custodio del Redentor / Oh, bienaventurado José,

muéstrate padre también a nosotros / y guíanos en el camino de la vida.

Concédenos gracia, misericordia y valentía, y defiéndenos de todo mal. Amén.

+ + + + +

Al ver reflejada en estas páginas la Fe de José y la de José Barta, quiero terminar felicitándole de todo corazón recogiendo esta cita de Josemaría Escrivá:

“Así fue la fe de san José: plena, confiada, íntegra, manifestada en una entrega eficaz a la voluntad de Dios, en una obediencia inteligente. Y con la fe, la caridad, el amor. Su fe se funde con el Amor: con el amor de Dios que estaba cumpliendo las promesas hechas a Abrahán, a Jacob, a Moisés; con el cariño de esposo hacia María, y con el cariño de padre hacía Jesús. Fe y amor en la esperanza de la gran misión que Dios, sirviéndose también de él –un carpintero de Galilea, estaba iniciando en el mundo: la redención de los hombres” (Es Cristo que pasa, n. 42).

Ernesto Juliá Díaz^[1]
Sacerdote y escritor

[1] Ernesto Juliá es Licenciado en Filosofía. Ha desarrollado labor sacerdotal en Sevilla, Roma, y actualmente en Madrid. Su actividad pastoral le ha llevado a varios países, entre ellos, Australia, Kenya, Nigeria, Estados Unidos, Inglaterra y Holanda. Es autor de, entre otros, los siguientes libros: A la luz de la Estrella; La Biblia. Una lectura para cada día del año; En las manos de Dios. Última meditación de Josemaría Escrivá; Amigo Judas, ¿a qué has venido?; El Santo del Ordinario. Impresiones sobre Josemaría Escrivá; Cuatro encuentros con Cristo; La belleza de ser cristiano; Santos en el andar de los días; La agonía de Cristo; Acercar los hijos a Dios.

Introducción

Con este trabajo que ahora presento, no trato de aportar un texto más al amplio surtido de bibliografía piadosa que ya existe sobre San José, sin perjuicio de que la redacción del mismo necesariamente refleje mi devoción por este gran Santo, al que Dios Padre decidió escoger como vicario Suyo en la tierra, para el cuidado y educación de Su Hijo.

Mi principal propósito es el de aportar datos históricos y argumentos plausibles, ajustados a la época en que vivió, que enriquezcan la “composición de lugar” del lector al acceder a los textos litúrgicos, o a las diversas y magníficas lecturas espirituales existentes, familiarizándole con las circunstancias y entorno en que se movió San José.

En el texto he tratado de deducir razonamientos y comportamientos coherentes con la naturaleza de las creencias, circunstancias y objetivos que se marcaba José, en el contexto de las prácticas habituales de su época; para ello me he apoyado en abundante documentación histórica judía y cristiana, así como en la experiencia desarrollada, a lo largo de los últimos seis años, como Director de los Encuentros Judeocristianos, en el marco de la Asociación para el Estudio de la Doctrina Social (AEDOS), que ha sido determinante para mi inmersión en la Tradición que vivió ese gran Santo.

Si se me pidiera una nota que resumiera mi visión de San José, tendría que dar dos: La primera incuestionablemente esta vinculada a su Misión, inseparable de la de María y Jesús, como Vicario del Padre para el cuidado de la Sagrada Familia. La segunda se corresponde con su comprensión de la santidad, que unía inseparablemente con la santificación de la vida ordinaria. Parafraseando a San Josemaría, podemos apreciar que para San José *“la vida interior, la vida de relación con Dios, (se nutría e impregnaba) la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.”*^[2]

Si se me solicitara una conclusión personal sobre mi trato con el Santo

[2] San Josemaría. “Amar al mundo apasionadamente”: Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber materializar la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

Patriarca, me remitiría a la Carta Apostólica *Patris Corde*, del Papa Francisco, cuya lectura, si no se ha hecho, recomiendo encarecidamente, cuando expresa: *“Todos pueden encontrar en san José —el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta— un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos, o en “segunda línea”, tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación.”*

Como comentario final, tengo que manifestar que en algunos momentos he experimentado la sensación de estar “asesorado” por mi Santo protector; así me sucedió cuando me sentí “llevado” a ojear una revistita, medio perdida entre los más de cuatro mil libros de mi biblioteca, en la que ni había pensado y, tras ojear el índice, me encontré con la prueba documental de varias conclusiones que “habían surgido” en el proceso de redacción. En esos momentos tuve la certeza de estar guiado por la mano de José; pero como soy de natural racionalista, admito como posibles las diversas razones psicológicas que el amable lector pudiera sugerir.

Preámbulo

La formación intelectual de María y de José

En esta introducción no resulta baladí el reflexionar sobre la formación intelectual recibida por María y por José.

De la primera tenemos una manifestación recogida en los Evangelios, que conocemos como el Canto del Magnificat (Lucas 1. 47-55)^[3], dado que comienza con dicha palabra, que lleva implícito un cierto conocimiento literario sobre la construcción de los salmos, al tiempo que un conocimiento asimilado, ponderado, de la Torá y de los Profetas, que la lleva a una profunda comprensión de las relaciones de Dios con la Humanidad.

En el Magnificat, para María su gran hora se une a la gran hora de su pueblo. Ella se considera una sola cosa con su pueblo. La historia de su elección se une a la historia de la salvación de Israel.

Debemos tener en cuenta que María expresa el Magnificat con trece años, quizás catorce años recién cumplidos ¿Dónde y cómo adquirió el conocimiento de las Escrituras?

El Señor inspira el mensaje profético del Cantico, pero no dicta las palabras, ni impone la estructura, se apoya en los conocimientos adquiridos y desarrollados

[3] Lucas-1-46-56 (Texto de EUNSA)

46 María exclamó —Proclama mi alma las grandezas del Señor,

47 y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador:

48 porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

49 Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo;

50 su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen.

51 Manifestó el poder de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón.

52 Derribó de su trono a los poderosos y ensalzó a los humildes.

53 Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos los despidió vacíos.

54 Protegió a Israel su siervo, recordando su misericordia,

55 como había prometido a nuestros padres, Abrahán y su descendencia para siempre.

56 María permaneció con ella unos tres meses, y se volvió a su casa.

por María.^[4]

Aquí surge un primer problema ¿Cómo es posible que María accediera a un amplio conocimiento de la Torá y, especialmente, de la estructura de los Salmos, que estaban escritos en hebreo, en una época en la que el Targum (interpretación en arameo de la Biblia hebrea) era el instrumento establecido para facilitar el estudio de la Biblia y hacer más inteligible su lectura pública a los varones?^[5]

Y es que el segundo problema que debemos afrontar, afecta directamente a la condición femenina de María, dado que la mujer, desde el punto de vista religioso, no era igual al hombre, ya que no se encontraba obligada a todos los preceptos vinculados a tiempos determinados (subir a Jerusalén en la Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos; recitar las oraciones diarias, etc.), ni se encontraba obligada a estudiar la Torá, llegando a sentenciar Rabi Eliezer (hacia el año 90 de nuestra era): *“quien enseña la Torá a su hija, le enseña el libertinaje”* y *“vale más quemar la Torá que transmitirla a las mujeres”* (Talmud de Jerusalén. Sota III.4)

Se suele representar a María en oración, cuando recibe el anuncio del Ángel, y así me la imagino yo. Pero las mujeres no estaban obligadas a las tres oraciones rituales diarias, que se recitaban en hebreo. Y lo habitual es que no lo hicieran, al menos en los tiempos de la llegada de nuestro Señor. María asumía todos los mandatos de la Torá, sin que su condición de mujer la excusara internamente de ello, por lo que acogía la Tradición en su esencia original, liberada de muchos de los falsos tabúes introducidos por los estudiosos, deformados por una visión marginal de la mujer.^[6]

[4] El Magnificat ofrece un genero literario común a todos los himnos y salmos de acción de gracias.

Contiene un mosaico de alusiones y frases del Antiguo Testamento.

Destaca la asimilación personal de María de los grandes mensajes bíblicos: Misericordia de Dios; preferencia por los pobres y humildes; poder y santidad de Dios; fidelidad a las promesas hechas a los Patriarcas...

Dios aparece como protagonista en la vida de María y en la Historia.

[5] Las mujeres veían limitado su aprendizaje a los trabajos domésticos, así como a coser y tejer. Las solteras cuidaban también de los hermanos, mayores y menores (Misná. Baba Batra). En las poblaciones agrarias, podían ayudar a las labores agrícolas e incluso comercializar algunos productos.

Respecto del padre tenían las mismas obligaciones que los hijos, pero no los mismos derechos (los hijos y sus descendientes precedían a las hijas en la herencia)

[6] Las escuelas normalmente estaban ubicadas en las sinagogas, dado que, en la tierra de Israel a diferencia de en la diáspora, el culto se centraba en el Templo. El espacio sinagogal, que podía encontrarse en un edificio construido al efecto o en una parte de una vivienda, dependiendo de

En este contexto social, el padre de una hija que quisiera ayudar a la misma a mejorar su conocimiento de la Torá y de la Tradición, si tenía capacidad económica suficiente, podía optar por buscar algún escriba que estuviera dispuesto a enseñarla, algo harto difícil^[7], o proceder a formarla él mismo, para lo cual debía contar con la formación precisa.

En definitiva, o María tenía una formación religiosa escasa, como la gran mayoría de las mujeres de su época, por lo que debemos suponer que el Señor la inspiró todas y cada una de las palabras del Magnificat, independientemente de su capacidad de comprensión de las mismas, como hizo con Bernadette Soubirous (en Lourdes), o con los pastorcillos en Fátima, o—aquella que debía traer a la Humanidad no un mensaje concreto de Dios, sino la misma Palabra del Padre—recibió la formación adecuada para asumir plenamente su Misión de Madre de Dios^[8].

Personalmente me resulta increíble que el Señor no proveyera a María con la formación precisa para educar a Su Hijo, por lo que solo encuentro una solución a este problema, Joaquín -padre de María según la tradición-, laico, contaba con formación de escriba, quizás por proceder de la tribu de Leví, aunque desvinculado de los compromisos sacerdotales, algo que explicaría el parentesco con Isabel, esposa de Zacarías.

Es posible que Joaquín fuera el jazán (servidor), en la sinagoga de Nazaret^[9]. De esta manera generaba algún ingreso económico a su familia, al que sumaría el trabajo de dar clases en la escuela. Estos trabajos eran remunerados por

las posibilidades económicas de la población, servía principalmente para el estudio de la Torá. Este estudio se encontraba vedado a las mujeres, pudiendo acceder al mismo solo los hombres. Jesús sana la tradición al permitir que le acompañaran mujeres.

[7] En una población pobre como la de Nazaret, resulta difícil imaginar la vida de Joaquín como personaje adinerado, “el rico del pueblo” capaz de vencer con dinero la reticencia de ningún escriba. Y tendría que ser una magnífica paga, dado que este quedaría señalado muy negativamente entre sus colegas.

[8] En el Magnificat “se vislumbra la experiencia personal de María, el éxtasis de su corazón” (San Juan Pablo II. *Redemptoris Mater*)

[9] El jazán ayudaba al jefe de la sinagoga, anunciaba el comienzo y el final del Sabah, cuidaba de la exposición de los rollos de la Torá y su recogida tras la lectura, así como de limpieza de la sinagoga, etc. Actualmente se denomina así a la persona que guía los canticos en la sinagoga. La figura del escriba comenzaba a reforzarse, pero todavía no se encontraba ni tan estructurada, ni tan identificada con el fariseísmo, como sucedería pocos años después, cuando Jesús inicia su vida pública. Solía pertenecer a la tribu de Leví, pero no necesariamente.



José Barta y su mujer María Jesús Álvarez
Capilla en el complejo de la Basílica de
la Anunciación, en Nazaret, Israel

Amigo lector, tienes entre las manos el fruto de muchos años de estudio y una particular forma de ver el papel que desempeña San José en la vida de nuestro Señor Jesucristo desde la Encarnación hasta su presentación en el Templo.

Este libro no es una novela, si bien me he permitido algunas licencias, más bien es una interpretación argumentada y documentada de muchos de los hechos que conocemos, así como sus posibles consecuencias, de la vida de San José .

Esta singular visión de San José es el resultado de años de estudio de la Torá, de la Biblia católica, del Talmud, así como algunos de los principales historiadores judíos y cristianos de la época, que me han permitido conocer en profundidad muchas de las costumbres y tradiciones que vivió el que fue Vicario del

Padre en la Sagrada Familia.

Todo ello permite contextualizar y comprender muchos de los sucesos que se exponen.

Es por ello que recomiendo al lector, para una adecuada comprensión, la lectura de las notas al pie que encontrarás en casi todas las páginas.